

Necesidad de la Formación Humana

P. Dr. Miguel Ángel Fuentes, IVE

1. GRACIA Y NATURALEZA

Hemos escuchado muchas veces el axioma «*gratia non tollit naturam*», la gracia no destruye la naturaleza. Santo Tomás, lo usa muchas veces; por ejemplo, hablando de la importancia de la razón en el estudio de la Doctrina Sagrada, dice: «Puesto que la gracia no suprime la naturaleza, sino que la perfecciona, es necesario que la razón natural esté al servicio de la fe, de la misma forma que la tendencia natural de la voluntad se somete a la caridad» (*S.Th.*, I, 1, 8 ad 2). También usa otra expresión complementaria: «*gratia praesupponit naturam*» (*I Sent.*, d. 17, 3, 3), la gracia *supone* (o *presupone*) la naturaleza.

Esto significa que la gracia, es decir, la acción gratuita de Dios sobre el alma, no solo no hace inútil la acción forjadora de la virtud humana y la educación del carácter, sino que la entraña. Es indudable que Dios puede transformar el agua en vino, pero fuera del milagro de Caná no conocemos otros casos en que Dios excuse el trabajo de los vendimiadores y bodegueros para alegrar gratuita y prodigiosamente a los admiradores de Baco. Y para todos los demás ámbitos de la vida vale la advertencia de san Pablo a los tesalonicenses: «si alguno no quiere trabajar, que no coma» (2Ts 3,10). Y recuerda que Dios quiere que cada uno «trabaje con sosiego para comer su propio pan» (2Ts 3,12).

Por tanto, el axioma antes citado tiene, a nuestro criterio, dos sentidos fundamentales. El primero es que, como dice otro dicho: «lo que natura no da, Salamanca no presta», es decir, cuando hay *carencia* de cualidades (o sea, estas no se tienen *ni siquiera potencialmente*) admitir a un carente a una misión de alta responsabilidad es un crimen contra esa persona (porque se la carga con una responsabilidad de la que no

DIÁLOGO 71

es capaz) y contra el bien común. No se puede edificar un castillo sobre arenas movedizas. Si no hay aptitudes naturales mínimas, por ejemplo, para el sacerdocio o la vida consagrada, no se puede pretender que ese tal sea buen sacerdote o buen religioso. Quizá lleguen a ser sacerdotes o religiosos, pero no buenos, ni virtuosos; quizá más bien malos; porque el que tiene cualidades para ser buen labrador, pero no para más, si se mete a gobernante no solo sea inepto sino quizá también déspota y corrompido, porque lo que está en el lugar que no le corresponde no solo es innecesario sino que puede ser perjudicial. Es por su bien que hay que encontrarle el lugar donde desarrolle lo que Dios, por medio de la naturaleza, le ha dado.

Además de esto, entendemos que este principio también nos advierte que lo que uno ha recibido por naturaleza está *en estado potencial*, y no se desarrollará sino a través de un trabajo serio y voluntario; por tanto, sería tan necio esperar que se desarrolle de modo espontáneo y mágico, cuanto aguardar a que Dios venga con su gracia a remediar la ineptitud o pereza pedagógica de los que tenían que garantizar el desarrollo. Al referirnos a lo que está en estado *potencial*, entendemos tanto lo que está puramente sin trabajar, como lo que está sepultado bajo la resaca de vicios contrarios si es que todavía hay esperanza de que pueda revivirse y hacerlo prevalecer sobre estos últimos. Esta es la labor que ha de encarar un trabajo serio de formación humana.

Para dar algunos ejemplos de cualidades humanas o naturales (en el sentido de opuestas a lo que Dios infunde gratuitamente) que se presuponen para el ejercicio de altos deberes, o de una misión encomendada, o de una responsabilidad asumida, o simplemente, de la práctica virtuosa de la vida espiritual, transcribo algunos párrafos del beato Santiago Alberione dedicados a la formación de sus religiosos. Indicaba, éste, algunas cualidades humanas necesarias para poder llevar adelante ciertas exigencias de la vida religiosa consagrada. Decía, por ejemplo:

NECESIDAD DE LA FORMACIÓN HUMANA

La *vida común* (= vivida en comunidad) supone:

- un carácter manso, sociable, optimista: parte por naturaleza, parte por educación;
- una mente amplia, solícita, comprensiva, inclinada a interpretar favorablemente las cosas;
- una disposición recta hacia los pobres, los atormentados, los superiores, los inferiores;
- la observancia de las reglas de cortesía, educación, sumisión, amabilidad; en todas partes, pero especialmente estando en compañía;
- la disposición a perdonar los desafueros y los males, y a recordar los beneficios recibidos; sin echar en cara las culpas, ni humillar al inferior, etc.;
- ser siempre ecuanímes y sencillos, sin orgullo en la suerte y en el honor; pero también sin abatirse en las contradicciones¹.

Hasta aquí el beato. Esto significa que si esperamos que una persona de mente estrecha, duro de corazón, insociable, inclinado a ver las cosas en tonos grises y negros, rencoroso, pronto a la disputa, contradictor y orgulloso, insumiso y maleducado, sembrador de mal espíritu... pueda vivir en una comunidad sin convertirla en un infiernillo doméstico, estamos esperando que Salamanca nos reciba la mona Chita y nos devuelva a Salomón, o que Dios licencie a los bodegueros mendocinos y se dedique Él mismo a hacer vino milagroso para el casamiento de sus amigos.

Más adelante seguía Alberione refiriéndose a la castidad del consagrado:

¹ BEATO SANTIAGO ALBERIONE, *Alma y cuerpo para el Evangelio* (1953).

DIÁLOGO 71

La observancia de la castidad supone:

- el hábito de pensamientos elevados, el empuje del corazón a las cosas hermosas y buenas, un firme propósito de querer vivir como hombres;
- el dominio habitual de los sentidos: vista, oído, lengua, tacto, olfato, etc.;
- la fuerza de voluntad y táctica en el gobierno de nosotros mismos;
- el verdadero concepto de la vida, de la nobleza del alma respecto al cuerpo y la sujeción de éste al espíritu;
- la vigilancia en evitar las ocasiones próximas del mal y los peligros: cosas, personas, espectáculos, lugares, lecturas, audiciones, etc.;
- la fuga del ocio, de la gula, de las libertades excesivas solas o en compañía;
- una tierna devoción a María, con la fervorosa frecuencia a la confesión y comunión.

Del mismo modo podemos pensar que un joven o una muchacha que no domina sus sentidos, o no gobierna su corazón, o no es cuidadoso/a en evitar las ocasiones de pecado, o que se toma libertades sensuales, o que no se mortifica ni se priva de gustos mundanos, o que no es asiduo/a a la oración y a los sacramentos..., abrigue esperanza de guardar la castidad perfecta y la fidelidad del corazón por el solo hecho de firmar un papel sobre el altar o pronunciar sus votos en público... es pedir peras al olmo. Y sorprenderse de sus caídas o de su falta de perseverancia es crasa ignorancia de la psicología humana.

Esto podemos verlo igualmente respecto de la pobreza. Dice también el beato:

El espíritu de pobreza supone:

- la práctica de la justicia, aun en las pequeñas cosas;
- la convicción de que los bienes de la tierra son para la vida natural y eterna del hombre;

NECESIDAD DE LA FORMACIÓN HUMANA

- la buena salud y robustez física;
- la limpieza y el buen uso del tiempo;
- una justa economía.
- el orden en casa, tener bien la ropa, los muebles, los medios de trabajo, etc. es algo requerido por la razón; la administración sensata, conjunta, providente y previdente, en una familia es del todo necesaria; huir de la ambición, de los gustos inútiles, de lo superfluo, de los vanos adornos y ungüentos..., revelan muchas cosas.

Valga para esto las reflexiones que hemos hecho más arriba para las otras virtudes. Y podemos añadir otro par de ejemplos. Dice Alberione a propósito de la misión apostólica:

El apostolado supone:

- instrucción civil suficiente para la convivencia en la sociedad tal como se presenta hoy, y con deseo de ampliarla;
- persuasión profunda de deber concurrir todos al bien común, como cada miembro al organismo;
- poseer una mente amplia, que comprenda las necesidades de la humanidad y de cada individuo;
- un corazón sensible a todos los que son infelices físicamente o moralmente o intelectualmente;
- inclinación a comunicar los propios conocimientos y convicciones y cierta tendencia al proselitismo (= *entendido aquí como entusiasmo misionero*).

Y a propósito de la obediencia:

El espíritu de obediencia supone:

- un carácter manso, equilibrado, dócil;
- un respeto, natural o adquirido, hacia los superiores;
- suficiente capacidad intelectual para entender el voto religioso de obediencia.

DIÁLOGO 71

Creo que cada uno puede hacer las aplicaciones correspondientes, como las hemos hecho en los párrafos anteriores. La conclusión siempre es la misma: para andar en bote hace falta remo, bote, río... y un marinero que sepa y quiera remar. Si tu marinero es un «pocavida» que se marea con las olas y no puede siquiera levantar el remo en peso, entonces tienes que darle de comer y ponerlo a hacer gimnasia, pues nadie se convierte en marinero con solo indicarle su puesto en el barco. Y si a pesar de todo lo dejas subir a la barca, probablemente con el tiempo reme maldiciendo, y hasta se arroje al agua, cargando su muerte sobre tu conciencia.

2. VACÍO Y DEFORMACIÓN

Al comienzo del camino hacia la santidad podemos encontrarnos con dos tipos de carencias humanas: la mera ausencia de las cualidades humanas necesarias y la presencia de las cualidades contrarias. Lo primero es un *vacío* que hay que llenar; lo segundo añade a lo primero una deformación que hay que corregir. Nadie pondrá en duda la mayor dificultad que entraña lo segundo.

Una cosa es una persona que no tiene la suficiente educación humana, pero que todavía no ha adquirido los hábitos contrarios a la buena educación; y otra la persona maleducada, que tiene ya hábitos viciosos desordenados. Hay que trabajar en ambos casos, no importa que las dificultades sean mayores en el segundo. De todos modos, no nos hagamos muchas ilusiones de encontrar con demasiada frecuencia meros «vacíos» sin deformaciones. Todas las cualidades humanas que hacen de sustrato a la gracia, es decir, aquello que esta deberá sanar y elevar, son aspectos fundamentales de la personalidad; basta echar nuevamente una ojeada a lo que hemos enumerado más arriba como presupuestos para vivir los votos religiosos... De ahí que todo hombre tienda de modo espontáneo a desarrollar hábitos en esos órdenes; y si no emboca el camino acertado de los hábitos virtuosos, se meterá en el de los vicios. A esto hay que añadir la influencia torcida que ejerce

NECESIDAD DE LA FORMACIÓN HUMANA

la inclinación innata del «fomes peccati» que traemos al nacer y nos queda aun después de bautizados.

Designamos en general todos estos vacíos y especialmente las deformaciones con el título amplio y poco preciso de «falta de madurez» o «problemas de inmadurez»; también a veces con el de «desviaciones afectivas».

Es un deber muy grave que pesa sobre todo superior el velar porque ningún candidato (ni al sacerdocio ni a la vida religiosa) llegue a asumir un compromiso definitivo (ordenación, votos perpetuos) con problemas de este tipo particularmente serios. Lo advertía Juan Pablo II, en 2002, a un grupo de obispos de Brasil:

Es mi deber recomendar una renovada atención en la selección de las vocaciones para el seminario, utilizando todos los medios posibles con vistas a un conocimiento adecuado de los candidatos, sobre todo desde el punto de vista moral y afectivo. Que ningún obispo se sienta dispensado de este deber de conciencia, del que deberá dar cuenta directamente a Dios; sería lamentable que, por una tolerancia mal entendida, llegaran a ordenarse jóvenes inmaduros, o con signos evidentes de desviaciones afectivas, que, como es tristemente conocido, podrían causar graves anomalías en la conciencia del pueblo fiel, con evidente daño para toda la Iglesia².

No se trata, simplificadoramente, de «descartar» todo candidato con dificultades, sino de intentar ayudarlo a corregir esos defectos *antes* de asumir sus compromisos. Y, por supuesto, de no dejarlos seguir adelante en caso de fracasar en el intento.

² JUAN PABLO II, *Discurso al segundo grupo de obispos de Brasil en visita «ad limina»*, 5 de Setiembre de 2002, n. 5.

DIÁLOGO 71

Estos problemas de *inmadurez*, así como las mencionadas *desviaciones afectivas*, no se confinan de ningún modo a los posibles disturbios de la sexualidad. Más bien trascienden ampliamente esta esfera. Muchas personas sufren pasiones destructivas no sexuales; y con frecuencia, muchos problemas relacionados con el desgobierno del sexo son consecuencia de otros afectos desordenados. Destaco, particularmente, entre los que encontramos con más frecuencia:

a) La ira. Hay que prestar mucha atención a esta pasión a menudo devastadora, que se manifiesta de numerosas maneras:

- Como explosiones violentas
- Como malhumor persistente
- Como broncas, resentimientos
- Como deseos de venganza, de cobrarse lo sufrido
- Como siembra de mal espíritu
- Como dificultad para el perdón pronto y sincero
- Como antisocialidad o dificultad seria de vivir pacíficamente en comunidad...

Esta pasión *no trabajada* a tiempo y drásticamente, puede convertirse en una potencia destructiva, capaz de quebrar a quienes uno tiene al lado.

b) La tristeza. Me refiero a la persistente dificultad de manejar los estados de ánimo deprimidos. Puede tratarse de depresiones encubiertas que se traslucen en el modo amargado de vivir la vida o en la taciturnidad incesante o demasiado frecuente. No hay que olvidar la dureza de la Sagrada Escritura con esta pasión, por los daños que conlleva al dejarse arrastrar por ella.

c) Los miedos. Que se manifiestan en la dificultad de abrirse al director espiritual, al superior, incluso al confesor, y a veces incluso a Dios. Jesucristo alerta constantemente del miedo: ¡no temáis!

NECESIDAD DE LA FORMACIÓN HUMANA

d) La pereza. Como debilidad de la voluntad, falta de responsabilidad en las propias obligaciones...

e) El orgullo. En formas de autoafirmación indebida, de narcisismo, de juicio propio. Lo vemos en actitudes como:

- La resistencia y rechazo a ser corregidos
- El sentirse herido por cualquier ofensa, incluso pequeña
- El horror a la humillación
- La pertinacia en los juicios
- La autodefensa ante cualquier acusación (excusas)
- La hipocresía...

f) Y recién en último lugar menciono los problemas sexuales; no porque sean menos graves, sino porque a menudo hunden sus raíces en algunos de los problemas anteriormente enumerados.

«A menudo, dice Giovanni Cucchi, las dificultades con las que uno se encuentra no son puramente espirituales, sino que implican los afectos, las vivencias, las relaciones: en todo esto pueden esconderse *heridas profundas* que a cierto punto “explotan”, dando la impresión de que años de formación, de estudio, de oración, de ejercicios espirituales, de vida sacramental, hayan pasado como el agua sobre la roca, sin tocar la profundidad de la persona»³.

Sean cuales fueren los diversos problemas que se acarreen, y sin importar los hechos que los puedan haber causado, lo cierto es que sin un trabajo serio de corrección, superación o maduración, en el plano humano, la vida espiritual se torna extremadamente frágil y queda destinada a derrumbarse quizá prontamente.

³ GIOVANNI CUCCHI, *La forza dalla debolezza. Aspetti psicologici della vita spirituale*, Roma (2011), 26.

3. PARTIR DEL HOMBRE RECTO

Por lo dicho, el ya citado beato Alberione, consideraba la formación humana como «la base», «el punto de partida» de toda formación, porque es la que apunta a forjar el «hombre recto», sin el cual no hay buen cristiano, sin el que, a su vez, no puede haber santos:

Es necesario que haya una base, un punto de partida: el hombre recto; sobre él puede construirse el buen cristiano, el hijo de Dios; sobre éste puede edificarse el religioso santo, laico o sacerdote; y del religioso santo puede hacerse un apóstol según el gran modelo, san Pablo. Si faltara la base -el hombre recto en el uso de la inteligencia, de las fuerzas, del corazón, según la razón-, todo se hundiría; como es evidente en quien no observa los mandamientos.

Y pone de ejemplo al mismo Cristo:

Jesucristo, Apóstol del Padre, fue antes «perfecto hombre»; también en esto él es *camino*. El concepto de «perfecto hombre» no implica sólo que él tuvo alma racional y cuerpo orgánico; sino que significa el perfecto ordenamiento de sus facultades, por una parte, según Dios y, por otra y a la vez, según razón. ¿Quién pudo acusarle de pecado en algún punto? Fue el perfecto hijo de familia, el perfecto niño, el perfecto joven, el perfecto trabajador, el perfecto ciudadano, el perfecto súbdito, el perfecto rey; fue perfecto en casa, en sociedad, en el trato, en la oración, en la soledad; fue perfecto en la prudencia, justicia, fortaleza, templanza; fue perfecto en aprender como discípulo y perfecto en enseñar como Maestro, en buscar la gloria de Dios y la salvación del hombre como Apóstol.

Por eso no se puede separar en la formación lo externo y lo interno, lo superior y lo inferior, lo natural y lo sobrenatural:

NECESIDAD DE LA FORMACIÓN HUMANA

Nuestro interior y nuestro exterior deben servir a Dios. Todas las cosas han sido modeladas por él: todo, aun las cosas más materiales, son dadas por Dios a servicio del hombre; y éste ha de usarlas a servicio de Dios: «*bonum ex íntegra causa, malum ex quocumque defectu*» [= algo es bueno cuando todas sus causas o elementos son buenos; es malo, en cambio, cuando aunque sea una de ellas es defectuosa]; por ejemplo, el buen uso del tiempo, de la salud, de los ojos: «Todo es vuestro; pero vosotros sois de Cristo y Cristo de Dios» [1Co 3,22-23]. Cuerpo y alma, pues, a servicio de Dios; y como conviene a un hijo de Dios.

Esto se deriva de la misma realidad del mundo sacramental, en el que nos insertamos al querer hacernos santos:

Los sacramentos constan de materia y forma; la materia puede representar al cuerpo, la forma puede representar al alma, en el hombre.

Y bien, la Iglesia, por divino mandato, se esmera juntamente en la forma y en la materia de los sacramentos: por ejemplo, procura que el agua del bautismo sea limpia, esté consagrada, se conserve en el baptisterio, se vierta en modo debido; quiere que los santos óleos sean de aceite de oliva, estén solemnemente bendecidos el Jueves santo, se guarden con suma diligencia, se apliquen según normas precisas; e igual en los demás sacramentos.

La formación humana implica trabajar en la base de toda santidad. Si no se procura este aspecto, todo cuanto se intente edificar sobre esto se derrumbará:

Si se parte bien, se puede esperar llegar bien; si se parte mal, ¿cómo se llegaría bien? Si en las ediciones se escoge mal el libro o el sujeto cinematográfico, ¿cómo esperar un resultado, una acogida, una difusión buena? Por eso Jesús dice al

joven que quiere ir al cielo: «¡Guarda los mandamientos!», y sólo después de haber asegurado que los había practicado siempre, le ofreció el camino de perfección.

4. CUALIDADES DE UNA ADECUADA FORMACIÓN HUMANA

¿Cuáles son las cualidades fundamentales que debe reunir una formación humana adecuada, es decir, aquella que pueda poner las bases de una personalidad equilibrada, sólida y libre, capaz de llevar adelante el peso de las responsabilidades que le incumben a una persona en la vida?⁴

Señalo cuatro elementos o dimensiones principales sobre las que se asienta la madurez afectiva⁵:

1) Ante todo, se funda en doble comprensión de la *centralidad* del amor en la vida humana y de que todo amor es una *entrega total*, plena, definitiva. Hoy hay una deficiencia tremenda en cuanto al significado del «compromiso» y del «comprometerse» en serio, es decir, de modo total e irreversible (sea con una persona, una causa o un ideal). Este

⁴ Tomo estas expresiones de la Exhortación *Pastores dabo vobis*, de Juan Pablo II, en la que el Pontífice señalaba: «Sin una adecuada formación humana, toda la formación sacerdotal estaría privada de su fundamento necesario» (PDV, 43). Y después añadía que «los futuros presbíteros deben cultivar una serie de cualidades humanas necesarias para la formación de personalidades equilibradas, sólidas y libres, capaces de llevar el peso de las responsabilidades pastorales». Esto también puede aplicarse, hechas las convenientes adaptaciones, a toda la vida consagrada, e incluso a la formación del laico cristiano.

⁵ También tomo esto de la Exhortación *Pastores dabo vobis*: «Se hace así necesaria la educación a amar la verdad, la lealtad, el respeto por la persona, el sentido de la justicia, la fidelidad a la palabra dada, la verdadera compasión, la coherencia y, en particular, el equilibrio de juicio y de comportamiento». Y agrega: «Un programa sencillo y exigente para esta formación lo propone el apóstol Pablo a los Filipenses: “Todo cuanto hay de verdadero, de noble, de justo, de puro, de amable, de honorable, todo cuanto sea virtud y cosa digna de elogio, todo eso tenedlo en cuenta” (Flp 4, 8)».

NECESIDAD DE LA FORMACIÓN HUMANA

problema hunde sus raíces en la inteligencia, en la voluntad y en el afecto. Hay verdadero miedo y hasta aversión a darse y entregarse *totalmente*. Todos los compromisos parecen en nuestro tiempo limitados, no descartando que «si me canso, o no me gusta más, o me aburro, o me arrepiento... deshago el trato, vuelvo sobre mis pasos y comienzo de nuevo... en otra dirección o con otra persona». La misma expresión con que el vulgo se refiere a un segundo (aparente) matrimonio - «rehacer su vida»- muestra esta idea de fondo: la vida se puede hacer, deshacer y rehacer... como el interminable manto de Penélope.

Una persona que no tiene bien desarrollada su capacidad de compromiso, no debe asumir ninguno que sea definitivo: ni matrimonio ni votos religiosos ni ordenación sacerdotal.

En este sentido, hay que tener en cuenta las malas experiencias que se traen de la propia familia a la vida religiosa o al matrimonio. No hay que minimizar el impacto que puede tener sobre una persona la experiencia de una familia quebrada, el divorcio o la separación de sus padres, el no tener familia, el haber sufrido el abandono. Todo puede superarse *con un serio trabajo*, pero no hay que confiarse demasiado en que esta superación se produzca de modo fortuito, sin trabajo, o con la sola oración.

2) Se exige también una adecuada educación de la sexualidad, que sea verdadera y plenamente personal y que, por ello, favorezca la estima y el amor a la castidad, como virtud que desarrolla la auténtica madurez de la persona y la hace capaz de respetar y promover el «significado esponsal» del cuerpo. Esto es fundamental para poder ofrecer a Dios su propia sexualidad en el celibato, es decir, una entrega total del corazón a Dios y en la exclusividad y totalidad *sacrificada* del matrimonio (fidelidad y perpetuidad). Porque «el carisma del celibato, aun cuando es auténtico y probado, deja intactas las inclinaciones de la afectividad y los impulsos del instinto»; por lo cual «los candidatos al sacerdocio necesitan una madurez afectiva que capacite a la prudencia, a la renuncia a todo lo que pueda ponerla en peligro, a la vigilancia

DIÁLOGO 71

sobre el cuerpo y el espíritu, a la estima y respeto en las relaciones interpersonales con hombres y mujeres». Algo análogo se diga de los sacrificios y renunciaciones que implica la sexualidad matrimonial *que impone deberes a veces muy duros para respetar la ley moral de Dios*.

Una ayuda muy valiosa en este sentido se encuentra en una adecuada educación para la verdadera *amistad*, a semejanza de los vínculos de afecto fraterno que Cristo mismo vivió en su vida (cf. *Jn* 11, 5).

La educación de la sexualidad se inscribe en el marco más amplio de la educación del corazón. En este sentido, subrayo lo que el beato Alberione decía sobre la formación del corazón y de la fantasía. Sobre lo primero leemos:

Se ha de procurar que el joven ame a Dios, que ame a los hombres, que sea compasivo, humilde, generoso. El corazón es una grande potencia (...) Para formar el corazón hay que:

- guardarse de las simpatías o antipatías;
- infundir un odio eterno al mal;
- favorecer la tendencia de ir hacia los ignorantes para instruirlos, hacia los atribulados para consolarlos, hacia los infelices y los pobres para ayudarlos;
- radicar en el joven el ideal de la vocación;
- modelar siempre en la bondad, en los pensamientos benévolos, en el auténtico deseo del bien ajeno, con una continua lucha al egoísmo.

El corazón bien formado ama a todos, no nutre rencores ni envidias, huye de toda amistad peligrosa.

Quien se abre con los maestros, los padres y los confesores, es ayudado, goza de gran paz, en su oración es humilde y tiene una fe sencilla.

Hay que enseñar y especialmente educar en el recto cumplimiento de los deberes cotidianos de piedad, estudio, apostolado, rectitud.

NECESIDAD DE LA FORMACIÓN HUMANA

Y respecto de la educación de la fantasía añadía:

Es siempre necesario vigilar sobre la fantasía del joven; hoy más aún, porque cine, revistas, extrañas narraciones habladas o escritas tienen a menudo el efecto dañino de sustituir la realidad con lo imaginario, la voluntad y el corazón con la fantasía.

Y sin embargo la fantasía educada y guiada tiene gran parte en la buena formación; a veces una parte decisiva.

Que el muchacho distinga lo real de lo imaginario es un primer paso. El muchacho debe servirse de la fantasía para recordar, para entender, para progresar; tiene que acostumbrarse a descubrir, con la observación y el razonamiento, su propia parte en la vida.

La fantasía puede siempre reproducir cosas o malas en sí o al menos peligrosas; y también puede siempre reproducir cosas buenas o al menos capaces de llevar a un mejoramiento. Hay que educar la fantasía considerándola en los diversos períodos del joven.

De aquí depende la suma atención en la elección de las películas [*hoy en día habría que añadir todo el marco de los medios audiovisuales, especialmente la Internet*].

3) En tercer lugar, la educación de la libertad. La madurez humana, y en particular la afectiva, exige una *formación* clara y sólida *para una libertad*, que se presenta como obediencia convencida y cordial a la «verdad» del propio ser, a lo que llevamos grabado en el corazón (pues hasta los paganos tienen la ley escrita en sus conciencias: cf. Rm 1). La libertad exige que la persona sea verdaderamente dueña de sí misma, decidida a combatir y superar las diversas formas de egoísmo e individualismo que acechan a la vida de cada uno, dispuesta a abrirse a los demás, generosa en la entrega y en el servicio al prójimo.

DIÁLOGO 71

Esto es importante para la respuesta que se ha de dar a la vocación, y en particular a la sacerdotal, y para ser fieles a la misma y a los compromisos que lleva consigo, incluso en los momentos difíciles. La vida comunitaria puede ser una gran ayuda en esta educación de la libertad responsable.

Al respecto se puede tener en cuenta la importancia de la formación del carácter, y de la voluntad. Decía al respecto el beato Alberione:

El formado con una personalidad fuerte y decidida, fundada en profundas convicciones y siempre perseverante en seguirlas, será un día un hombre que arrastrará a los débiles e indecisos, dominará la variedad de las opiniones y el ambiente, será capaz de alcanzar con constancia el propio ideal. No es un testarudo; ni fuerte sólo físicamente.

Es sereno, sencillo, abierto.

Es benévolo con todos, moderado, calmó.

Es simpático, humilde, leal.

Quien quiere adquirir un buen carácter trabaja sobre sí mismo, domina pensamientos, sentimientos, fantasía, lengua, todo su comportamiento.

Relaciono también con este aspecto lo que el mismo beato dice respecto de la cortesía, porque considero que esta virtud es el signo indiscutible de que, de algún modo, la voluntad se ha puesto libremente al servicio del prójimo. No debemos suponer que hay verdadera educación humana en la persona que no sabe tratar a su prójimo como si tratara con el mismo Dios. Dice Alberione:

La cortesía en parte puede ser natural; pero en todo o en parte hay que adquirirla para que, en un religioso, sea sobrenatural. Un hombre de veras bueno y discreto será de consecuencia cortés; y un hombre delicadamente cortés será por fuerza bueno y discreto, al menos por fuera. Pero la cortesía tiene que ser interna.

NECESIDAD DE LA FORMACIÓN HUMANA

No todos los que vienen de familia distinguida son bien educados...

Es deber natural responder a una carta, aunque sea sólo para decir que no se puede o no se sabe qué decir.

Es gran error ignorar, o fingir ignorar, los cumplidos sociales. Los modos urbanos y las demostraciones de estima facilitan la convivencia alegre y dan una superioridad respetada...; mientras que la palabra mordaz, vulgar, grosera, brutal, icuántos desconciertos y descontentos produce en quien la dice y en quien la oye! No bastan la sensatez, instrucción o virtud; todo ha de completarse con modos y trato de verdaderos religiosos.

4) Finalmente, la formación de la conciencia moral. Es decir, el sentido de la propia obediencia a las obligaciones morales, o sea, en la respuesta consciente y libre a las exigencias de Dios y de su amor (los mandamientos, las leyes morales, el propio deber). «El candidato, para poder cumplir sus obligaciones con Dios y con la Iglesia y guiar con sabiduría las conciencias de los fieles, debe habituarse a escuchar la voz de Dios, que le habla en su corazón, y adherirse con amor y firmeza a su voluntad».

Sobre este punto sugería Alberione:

El hombre es educado cuando se ha acostumbrado a usar bien su libertad. Hay que recordar algunos puntos.

Habituarse a todos a obrar en conciencia, por convicción, en la presencia de Dios. La conciencia es la voz de la razón y de Dios, que desde el fondo del corazón guía al hombre, le sostiene y le avisa.

No defraudes el deber, aunque te encuentres solo.

No defraudes la verdad, ni con mentiras ni con doblez.

No defraudes la justicia, sino respeta al prójimo en el honor, en sus bienes, en la vida.

DIÁLOGO 71

Huye constantemente del pecado, con la delicadeza de conciencia; yendo en compañía de los buenos; estando a bien con los superiores, amándoles como a padres y bienhechores, buscando en ellos la guía segura.

5. LA TAREA

En síntesis, como puede verse, hay que

- [1°] Formar primero el hombre sensato, justo, sociable, recto ante Dios, ante sí mismo y ante la sociedad;
- 2° encima poner al cristiano, que sigue a Jesucristo, Camino, Verdad y Vida; mediante fe viva, imitación del Maestro, vida en Cristo y en la Iglesia;
- 3° añadir luego el religioso santo, que tiende a la perfección en la vida común, en la práctica de los consejos evangélicos, en el apostolado propio del instituto.

Si no solucionamos todos los problemas que tengamos irresueltos o mal trabajados en el plano humano, estos carcomerán tarde o temprano todo cuando edifiquemos, precariamente se entiende, sobre una mala base.

La tarea que cada uno tiene sobre sí mismo, y los formadores sobre sus formandos, es cuádruple.

1° Lograr un auténtico y profundo conocimiento de sí mismo (temperamento, dones, cualidades, defectos y límites), es decir, lo bueno y lo malo, lo positivo y lo negativo; los miedos, caretas, disfraces y deseos más profundos.

2° Gran humildad para aceptar lo que somos; no huir el diagnóstico que nos puede hacer la propia conciencia, el sabio director o incluso el profesional que se consulta.

NECESIDAD DE LA FORMACIÓN HUMANA

3º Gran decisión para encarar la reforma de TODO lo que se deba reformar (no solo de aspectos parciales o secundarios).

4º Gran energía de la voluntad para llevarla a cabo (perseverancia y constancia).

Los peligros de no hacer esto o de *posponer* el trabajo para más adelante son: 1º no avanzar nunca; 2º o incluso retroceder cada vez más; 3º o limitarse a una presunta «contención», precaria y endeble, que puede durar un cierto tiempo... pero que terminará por explotar en algún momento, o bien saldrá por otras vías (como: problemas depresivos, físicos o afectivo/sexuales).

Creo firmemente que el diablo se ha jugado una carta muy importante al inyectar su veneno lo más tempranamente posible (incluso en la primera infancia), de modo tal que el momento de las grandes decisiones vocacionales es enfrentado ya con una carga abrumadora de problemas que no se conocían en el pasado (experiencias de violencia, sin respaldo familiar, crianza en pseudofamilias, corrupción de parte de la misma educación escolar, incursiones tempranísimas en la droga, el sexo y la pornografía...).

No se trata de exigir una total salud psicoespiritual a todo candidato, lo que sería una pretensión ilusa; sino de trabajar con firmeza y cuanto antes con quienes entran para lograr lo que no se lograría si no se trabaja de inmediato y desde la base humana (a las torres con peligro de inclinación se les inyectan, cuando todavía hay tiempo de salvarlas, cimientos vigorosos para corregir o detener su derrumbe). Esto obliga a tener directores espirituales, superiores y superiores, formadores y formadoras, mejor preparados de cuanto se necesitaba en el pasado... Y más unidos y equilibrados.